

ala delta

Alejandro
FERNÁNDEZ POMBO

**LA PEQUEÑA
AVENTURA DE BOLI**



Boli es un bolígrafo muy singular que no soporta sentirse ignorado. Harto del desorden y de los descuidos de su dueña, decide emprender una nueva vida. A partir del momento en que se va de casa, todo empieza a complicarse.

Alejandro Fernández Pombo, periodista y escritor de numerosos libros, dedica a los primeros lectores esta entrañable historia fantástica.

Índice de contenido

Cubierta

La pequeña aventura de Boli

Boli siempre está perdido

Boli se va de casa

Boli encuentra un papel

Una nueva casa

Aquella casa era triste

Boli pide ayuda

Verdaderos amigos

Silencio

Boli, triste y aburrido

Faltan las palabras

Boli quiere volver a casa

Las lágrimas del vagabundo

Pancho sabe escribir

Boli, de nuevo en casa

No era para enfadarse

Boli siempre está perdido

Boli era un bolígrafo que escribía muy bien y hacía unos dibujos fantásticos.

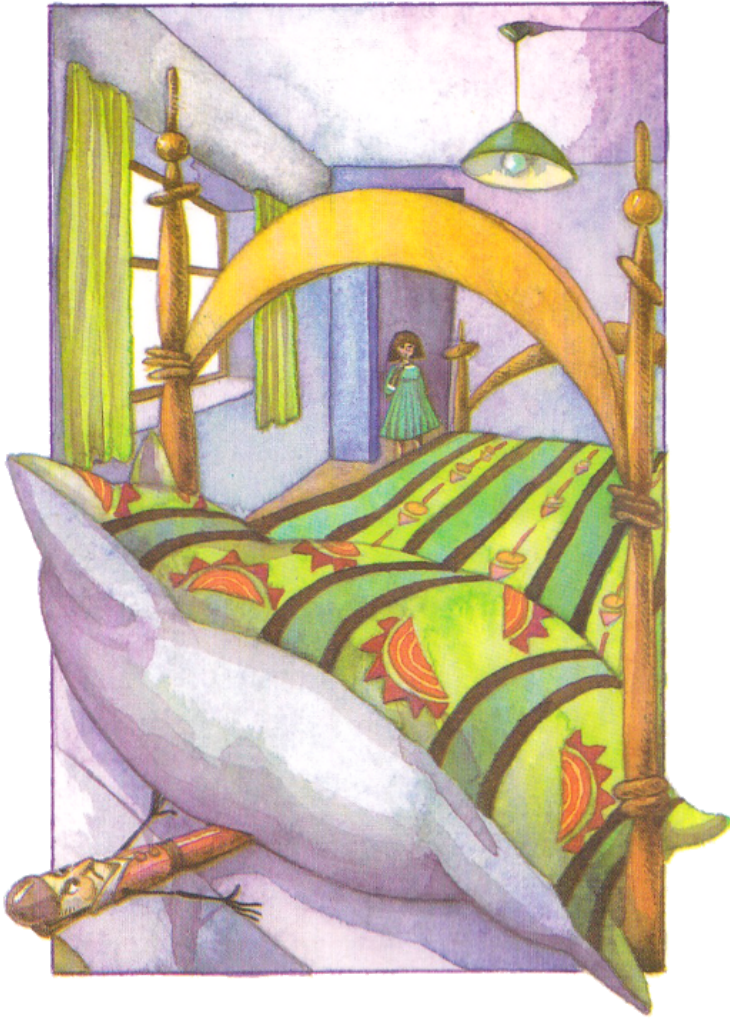
Siendo así, podían llamarlo Don Boli, aunque lo llamaron Boli, y a él le encantaba ese nombre.

Su dueña era Keka, una niña de siete años, de ojos azules y grandes. Keka era un poquito despistada y se pasaba el día preguntando:

—¿Dónde está mi boli?

Y Boli estaba en el suelo, casi debajo de la alfombra, o en la mesa de la cocina, o en el sillón de papá.

Oía que preguntaban por él, pero no podía decir «Estoy aquí», y tenía que esperar con paciencia a que alguien — papá, mamá, la abuelita...— dijera: «Aquí está el boli de Keka».





Hasta que un día Boli se cansó. Pensó que ya estaba bien de andar siempre perdido entre las zanahorias de la cocina o entre los papelotes del papá de Keka.

Mucho peor era cuando estaba en el suelo, temblando porque podían pisarlo en cualquier momento.

—¡Estoy harto! —pensó Boli—. Esto tiene que acabar.

Boli se va de casa

Esta vez, Boli había caído en el rincón de los juguetes cuando Keka lo soltó y salió corriendo a coger el teléfono porque su mamá gritaba:

—Keka, que te llama Vanesa.

Entonces Boli decidió que lo mejor que podía hacer era marcharse.

Como la puerta del cuarto de Keka daba a la terraza y estaba abierta, le fue fácil salir sin que nadie se diese cuenta. Se dejó caer por la enredadera y bajó hasta la calle.



Boli caminó despacio hasta llegar a un parque cercano.

Boli encuentra un papel

Sabía que él solo era como si no fuese nadie. Así que anduvo un rato buscando un papel, sin encontrarlo.

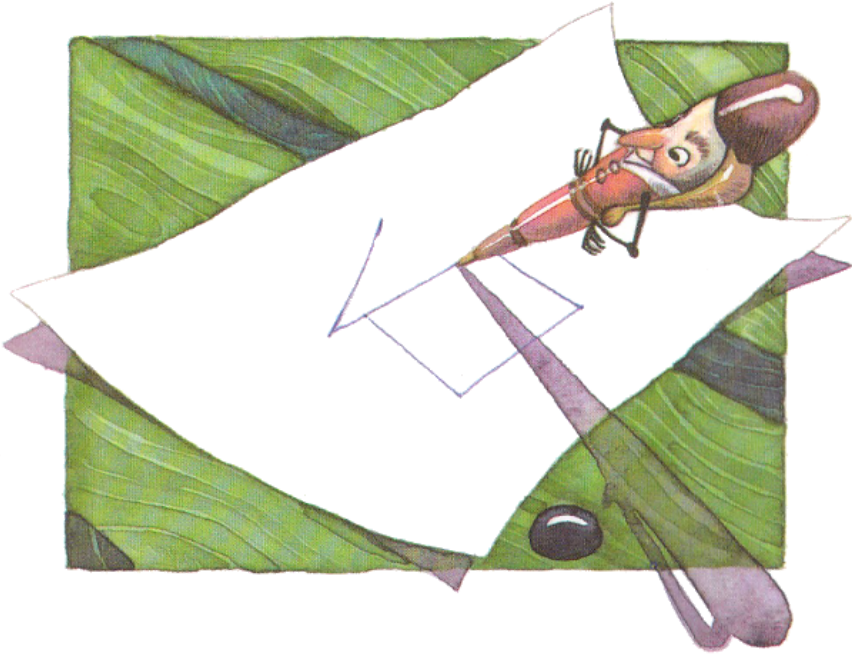
Miraba cerca de las papeleras y en los sitios donde había niños, porque a muchos se les olvidaban las cosas, como a Keka.

Y vio a un grupo de chicos que se iban con prisas y se dejaban unos papeles blancos sobre un banco de colores.

Ahora Boli se sentía alguien, porque ya tenía una superficie en la que reflejar sus ideas.

Una nueva casa

Comenzó a trazar rayas —una por aquí, otra por allá— para dibujar una casita con el tejado inclinado.





Así, cuando lloviera o nevase, el agua o la nieve se escurrirían al suelo.

Luego, comenzó a darse vueltas y más vueltas, muy deprisa, como cuando lo llevaba Keka, hasta dibujar el humo.

Trazó dos ventanas y una puerta y, para terminar, hizo una raya por debajo de la casa.

Naturalmente, si no estuviera esta raya, la casa se caería. Además, esta raya sostendría dos árboles llenos de manzanas. ¿O eran naranjas? Desde luego, frutas más bien redondas.

Aquella casa era triste

Cuando terminó de dibujarlo todo, entró por la puerta y se metió en lo que desde entonces sería su hogar.

Se estaba tan a gusto allí...

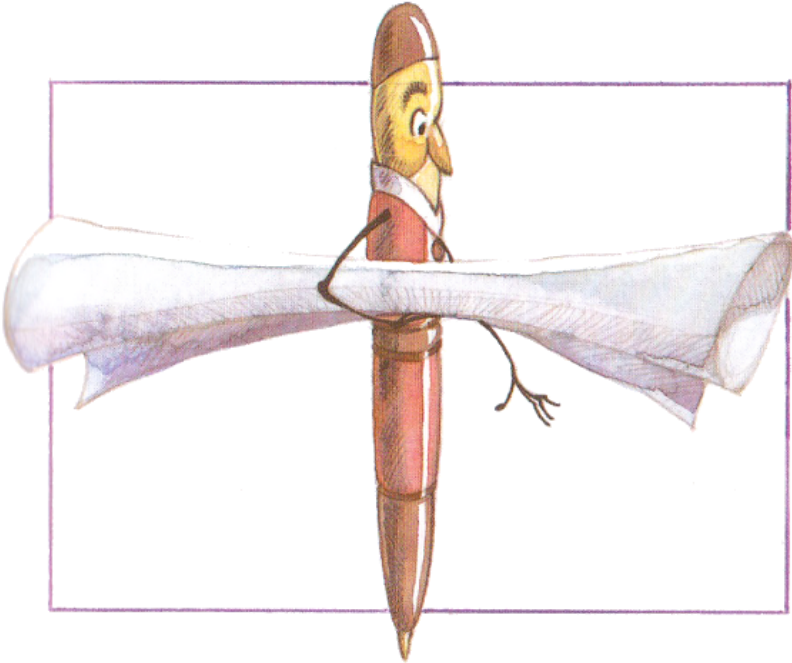
Pero pronto empezó a sentirse triste, porque, como él sólo pintaba en negro, no había ningún color que lo alegrase.

«Tengo que hacer algo», se dijo.

Y pensó en pedir ayuda a sus amigos los lápices de colores.

Boli pide ayuda

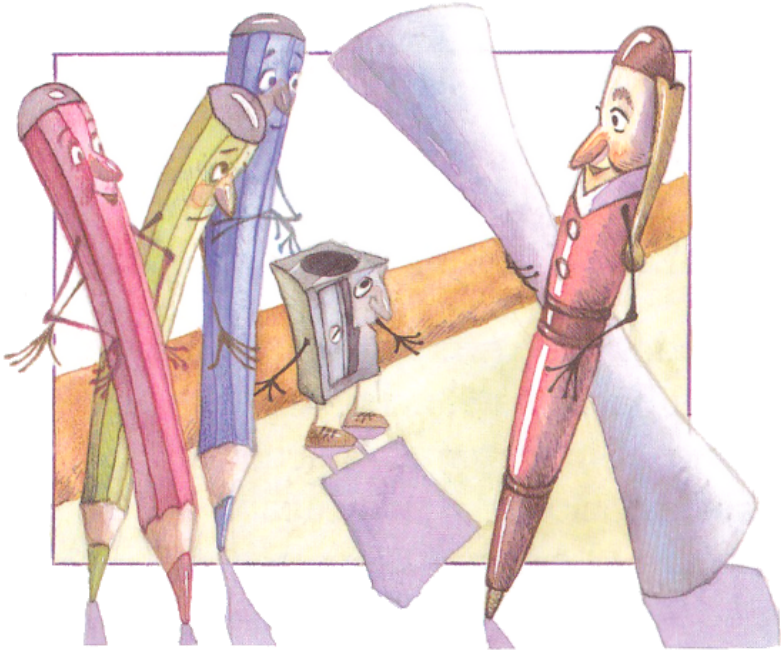
Se encaminó a casa de Keka y entró en su habitación con mucho cuidado.



Imaginó que encontraría a una Keka triste, echándolo de menos. Sin embargo, su cuarto estaba vacío. La niña acababa de salir. Había hecho sus deberes y se había ido a jugar.

Allí había dejado sus cosas de cualquier manera, según era su costumbre.

A Boli no le fue difícil encontrar a sus amigos entre tanto desorden.



Afortunadamente, todos estaban bien, es decir, que todos tenían punta, porque un lapicero sin punta es como si estuviese muy enfermo.

Boli los convenció para que lo ayudaran. Extendió el papel en que había dibujado la casa, y se pusieron manos a la obra.

Verdaderos amigos

Los lápices de colores se portaron como verdaderos amigos.

El lápiz rojo, que se consideraba el más fuerte y poderoso de todos, pintó los tejados. Y también las manzanas de los árboles. ¿O eran naranjas?

El lápiz azul, que era muy juguetón, pintó el cielo dejando unos huecos en blanco para las nubes.

El amarillo, muy simpático, se apoderó de las ventanas, para que fuesen de su color.

El verde, que olía muy bien, pintó las copas de los árboles y unas matas de yerba a los lados de la casa.

El marrón, tan formalote, coloreó los troncos de los árboles y la puerta, que dejó sin cerrar.

Por aquella puerta abierta se colaron también los lápices de colores y pintaron por dentro la casa donde iba a vivir Boli. Cada cuarto de un color y todos muy bonitos.